

Infancia y juventud

Le fils d'Elisabeth

He referido en otras circunstancias, cómo mis abuelos paternos, estaban establecidos con un comercio de vinos en Arrás. Cómo un agente del Gobierno argentino, llegó en procura de familias para organizar una colonia de colonos franceses en la provincia de Santa Fe. Acordadas las condiciones preliminares, tres familias de aquella localidad embarcaron con rumbo a Buenos Aires.

Según refería mi padre, el viaje emprendido hacia 1850 había durado unos cien días. Llegados al distrito rural de Santa Fe, comprobaron que no había casi nada de lo prometido, para emprender las faenas estipuladas. Ni alojamiento adecuado, ni animales, ni instrumentos de labranza, ni pozo para obtener agua.

A los dos meses de llegar, fallecía el abuelo... El hijo, de veinte años, y la madre, abandonaron el lugar, marchando al Rosario. Mi padre refería haber tenido que arrojar al río para ir en procura de una barca que se hallaba en la otra orilla. Hacía frío y aquel baño ya invernal le dejó un reumático recuerdo.

En Rosario acudieron al agente consular francés. El joven halló trabajo en la herrería de un com

patriota, en la que armaban lanzas para la guerra civil. Su madre se empleó en la casa del Cónsul, merced a sus conocimientos culinarios. Poco después dejaba Rosario, viniendo a Montevideo en compañía de una familia francesa. El joven continué allí.

En 1851 ya estaban reunidos aquí, en la nueva Troya.

Era yo muy pequeño, cuando mi padre evocaba estos episodios de su juventud. Ignoro si ya habían conocido a M. Ducasse en Rosario, o si fue en Montevideo que se produjo la coincidencia, entre mi abuela y el "Chancellor". El hecho es que aquélla, desde 1852, se hizo cargo del hogar de M. Ducasse y mi padre comenzó a ganarse la vida como obrero panadero. Antes de casarse con mi madre -Elisabeth Lagisquet-, mi padre regresó una o dos veces al Rosario. Finalmente se radicó en Montevideo.

Entre tanto, la abuela había conocido a la que después sería mi madre; ella fue la que le presentó a su hijo, y la instó vivamente para que se casaran. M. Ducasse intervino después, en el sentido de ayudarlos a alquilar la casa de la calle Cámaras, cerca del Cabildo, y a establecer allí el *Café de Europa*.

Como ambos decían que el *Café*, y luego *Restaurant*, había subsistido durante treinta años, ello implica que lo instalaron a mediados de 1852. Ya que dieron por terminado el negocio en 1882, pasando la llave del local a la firma Correa y Luna.

Si el hijo de M. Ducasse embarcó para Francia, después de 1862, necesariamente mis padres lo co

nocieron, con más intimidad que tantos que después se han jactado de ello. Ahora bien, según las últimas informaciones Isidoro embarcó cuando ya tenía de doce a catorce años. De haber nacido en el 46, habría embarcado en el 60. Quien pudo haber esclarecido esto, es mi primo materno Juan Bautista Fontan, viejo militante socialista, del 1894 al 1905, que todavía vive con su familia en el Paso del Molino. Fallecidos sus padres durante la peste de fiebre amarilla, había sido adoptado por los míos, junto con su hermana.

Fontan creció en el hogar de mis padres, en los altos del *Café de Europa*, viendo y frecuentando a mi abuela y a M. Ducasse y a los demás amigos de la familia. Su madre Jeanne Lagisquet, era la mayor de las hermanas de mi madre; casada en el Bearn, con J. B. Fontan, habían venido a Montevideo en 1845 y establecido una carpintería. El éxito comercial los movió a propiciar la venida de sus hermanas y hermanos menores, mis tíos maternos Jantiló y Jantí, mi madre y su hermana menor, Amelia.

Como se sabe, entonces los viajes en veleros suponían una larga travesía de 90 a 100 días. Mi madre y su hermano Jantiló embarcaron en Bayona y llegaron juntos hacia 1850.

Según refería mi madre, su suegra Leontina Cayet solía relatar que uno de sus ascendientes había servido en el *châteaux* del hijo de Juana de Albrech; del mismo que luego sería el malogrado Enrique IV de Francia. Esta anécdota me llevó en varias ocasiones a visitar Châteaux Royal de Pau, y

a charlar con dos de sus conservadores en los días en que pasamos por allí, antes de marchar a Italia y luego volver a Lyon.

Finalmente hallé una crónica, que conservo, inserta en *La Petite Gironde* de Burdeos. En ella, entre los ayudantes educadores del joven príncipe se menciona a "Maître Palme Cayet". Tenía pues razón la abuela. En vez de escudero, caballero o maestro de armas, aquel antepasado de ella había sido uno de los maestros en letras clásicas del gran bearnés. Maestro memorista, ya que en aquella época, los textos se enseñaban y aprendían de "memoria".

Este hallazgo historiográfico me complace más que si aquel Palme Cayet hubiera sido lector de "antigüedades de Luis XIV", o profesor de matemáticas o de historia bélica, de Bonaparte.

De Orthez, donde naciera mi madre, a *Les Bordes de Salis*, -donde siendo ella niña pasaron a residir sus padres en una casa de campo- media poca distancia.

A unos trescientos metros de la casa materna de *Les Bordes de Salis*, al margen de la carretera, se destaca la casa quinta de la familia Reclus. Pasamos varios días con Margarita, a principios de 1910, durmiendo en la antigua cama matrimonial de mis abuelos maternos. Cama donde según el jefe de familia de los Lagisquet ---- -- "le Conseiller municipal de Salis% mi viejo tío materno- habían nacido todos ellos, inclusive mi madre. Alrededor de la antigua

tejería -rústica fábrica de tejas- se extendían las suaves ondulaciones de las colinas. Señalando con su mano a uno y a otro lado de la carretera, el viejo tío Jean, de 76 años pero firme todavía, nos decía: "Aquellos vi~nedos y aquellos otros y los de más allá, son nuestro?".

Varios días disfrutamos de su cariñosa hospitalidad. Conocimos a algunas contemporáneas de mi madre, de las que habían jugado con ella en la infancia. "Le fils d' Elisabeth" -decía mi tío al presentarme. Y las viejecitas estrechaban mi diestra como si hubieran sido de la familia.

Nacido hijo único, después de largos años de enlace, la intimidad sentimental con mi madre se acrecentó en virtud de múltiples circunstancias. Confidente suyo desde pequeño, sintiéndome cada vez más solidario con sus infortunios, sentía que además de la vida y de la sensibilidad, le debía la lengua, la vocación poética, el aprendizaje elemental de los dos idiomas, el culto a las memorias afectivas de su Bearn.

Creación moral suya tanto como racial ello explica que haya tendido a acercarme a aquellas comarcas, haya ensoñado no pocas veces en reposar en algunos de aquellos reposorios silvestres, sin muros ni arboledas, como el de *Les Bordes de Salis*, donde solíamos ir a sentarnos entre viejas lápidas en los mediodías de aquel invierno de 1910.

Mi caso no es similar al de Jules Laforgue ni al de Isidoro Ducasse, si nacidos aquí, incorporados adolescentes a la cultura y a la tensión intelectual

del "doux pays"; tampoco es análogo al de- Paul Groussac, llegado al Plata a los 20 años, dispuesto a conquistar una "posición" cualquiera en el solarium argentino.

Venidos, uno del Norte, la otra del Sudoeste, mis padres llegaron para hallar donde trabajar con alguna ilusión de prosperidad, aunque abrigaran un íntimo anhelo de futuro repatrio. Los hechos los constringieron a permanecer y a arraigar definitivamente. Cuando sobrevine, aún se expresaban en su francés usual; y algunos rudimentos de español. El francés base, idioma que pude "rnamar" -lo único- ya que fui amamantado por la esposa de mi tío Jantilo, residentes en Santa Lucía.

Nunca me fue dado aprenderlo gramaticalmente, ni más tarde hablarlo con asiduidad, de suerte que soy francés por herencia de sangre y de cultura ulterior; lo mismo que "créole" sudatlántico, de Montevideo, por nacimiento y azares de la adolescencia.

El hecho, en cierto modo melancólico, es que nunca he sabido escribir fluidamente en francés, salvo raras cartas a intelectuales europeos. Y de tanto en tanto algunas breves poesías, si se pueden llamar así... Casi concluida la trayectoria vital, me hallo tan desconocido en América como en España y en Francia.

Poseedor de varios tipos de cultura como tantos contemporáneos sudatlánticos, en verdad resulto ser una variedad de cosmopolita. ¿Habría valido la pe

na que me esforzara en escribir en francés lo que sólo a ratos he ido hilvanando en español?

Poca o mucha nuestra obra
raros frutos cosechamos.
Para ir a donde vamos
con lo imponderable sobra.. .

La lengua de mi niñez fue la francesa; en francés comencé a balbucir, a hablar, a sentir, a pensar. En francés comencé a deletrear, a leer, a escribir las primeras sílabas, palabras, frases.

Poco a poco mi madre fue pasando del francés al escaso español que ella iba asimilando; así fui deletreando también español; con ello quiero significar que el nuestro era un hogar de pequeña burguesía francesa, en que por intermedio de mi madre se iba produciendo la adaptación al medio idiomático regional. En casa se hablaba en francés, tanto mis padres como sus familiares.

Mi abuela Leontina Cayet, casada en Arrás con un M. Carrau, había tenido dos hijas. Viuda de M. Carrau volvió a casarse con mi abuelo José Maximiliano Vasseur. De este enlace tuvieron un hijo, Carlos María Vasseur, mi padre. Tendría éste veinte años cuando sus padres resolvieron abandonar Arrás y embarcarse hacia un nuevo destino: la Provincia de Santa Fe.

En 1878 mis padres hicieron venir de Arrás, a dos sobrinas de mi padre, hijas de una de sus herma

nas por parte de madre. Se establecieron en la calle Ituzaingó con una casa de modas a la que dieron el nombre de Maison Carrau.

Hacia 1896 se trasladaron a Buenos Aires, estableciendo allí la Maison Carrau en la esquina de Florida y Cuyo, casi frente a la librería de Möen. Todavía en 1898 continuaban allí; algunas tardes solía atravesar la calle para ir a charlar con una de ellas.

Este linaje de los Carrau, procedía de la línea materna de Robespierre, hijo también de un Carrau de Arrás.

Mi prima María Loubet ignoraba que el hijo de M. Ducasse, nacido en 1846, fallecido en Francia en 1870 o en 1871, había escrito un libro extraordinario. Nunca M. Ducasse, que había pretendido desposarse con ella, a pesar de la distancia cronológica, había aludido a tal libro. Acaso lo desconocía o de haberlo leído, lo había relegado al olvido.

Sin duda cuando mi padre fue a París en 1869, debió buscar y entrevistarse con Isidoro, a pedido de M. Ducasse, a fin de saber de su vida y de sus estudios. No recuerdo haber estado en las rodillas de mi padre o de mi padrino, tanto como en las de M. Ducasse. Solía entretenerse enseñándome a hacer garabatos, escribir números, deletrear en francés, ya en la mesa redonda de los franceses, en el café, ya en la mesita de mármol, cubierta con un paño, en el centro de su habitación en el Hotel de las Pirámides.

En las dos o tres circunstancias en que por conflictos con mi padre, proyectó mi madre separarse de él, siempre habría sido M. Ducasse el consejero al cual hubiera recurrido.

Entre las personas que los hermanos Guillot-biógrafos de Isidoro Ducasse no consultaron en 1916, figuraban mi padre, mi primo Juan Bautista Fontan, nacido en 1865, y crecido en nuestro hogar, y mi prima María Loubet. Precisamente los que más íntimamente habían tratado a M. Ducasse.

En 1897 leí en *La Plata* la crónica que Darío dedica en sus *Raros* al creador de *Chants de Maldoror*. Poco después, hallé en el Ateneo de Buenos Aires el número de "*La Plume*" de París, en el que Leon Bloy reconstruía la figura del joven: *Le Cabanon de Prométhée*, de cuya evocación procede la silueta de Darío. Luego, en *Le Livre des Masques* de Remy de Gourmont, el perfil literario que éste le dedica. Finalmente, en la mesilla de trabajo de Lugones, en el pisito de Gral. Balcarce, vi y ojeé *Les Chants de Maldoror*.

En alguna ocasión Lugones me recitó algunos párrafos, especialmente el dedicado al viejo océano: *Vieux océan je te salue!*

Revisando en 1898 un estante de la librería de Möen, en Florida, hallé un ejemplar des *Chants*. Volví a releer algunas páginas. La forma declamatoria, la truculencia pesadillesca, me desagradaron. Esta impresión no se ha desvanecido. Cuando José Enrique Rodó estuvo en Buenos Aires por segunda vez, en la última tarde de su estada, lo acompañamos

con Darío hasta la dársena. En el coche que nos conducía, le dije a Rodó que en la librería Möen había un ejemplar de los *Cantos de Maldoror*. Darío observó que ya lo habían vendido. Comprendí que no quería que Rodó lo leyera y escribiera algún ensayo que eclipsara su crónica. Tal precaución, así como la de omitir el nombre y apellido de Rodó al final del ensayo sobre Darío, publicado como prólogo a la edición parisién de *Prosas Profanas*, fueron intencionales. Recuerdo el disgusto de Rodó ante tal omisión...